



APUNTES Y RECUERDOS

DE JUAN DE MAIRENA

Confieso mi escasa simpatía—habla Juan de Mairena a sus alumnos—hacia aquellos pensadores que parecen estar siempre seguros de lo que dicen. Porque si no lo están y tan bien lo simulan, son unos farsantes; y si lo están, no son verdaderos pensadores, sino, cuando más, literatos, oradores, retóricos, hombres de ingenio y de acción, sensibles a los tonos y a los gestos, pero que nunca se enfrentaron con su propio pensar, propicios siempre a aceptar sin crítica el ajeno. Confieso mi poca simpatía hacia ellos. Porque estos hombres, en las horas pacíficas, se venden por filósofos y ejercen una cierta matonería intelectual, que asusta a los pobres de espíritu, sin provecho de nadie; y en tiempos de combate se dicen siempre *au dessus de la mêlée*. No son hombres despreciables, pero creo que Platón los habría expulsado de su República, mucho antes, y con menos honores, que a los poetas.

Nunca profeséis de graciosos. Porque no siempre hay ganas de reír. Aunque nunca faltan motivos para ello.

•

Nunca os aconsejaré el escepticismo cansino y melancólico de quienes piensan estar de vuelta de todo. Es la posición más falsa y más ingenuamente dogmática que puede adoptarse. Ya es mucho que vayamos a alguna parte. Estar de vuelta, ¡ni soñarlo...!

•

El escepticismo a que yo quisiera llevaros es más fuente de regocijo que de melancolía. Consiste en haceros dudar del pensamiento propio, aunque aceptéis el ajeno, por cortesía y sin daño de vuestra conciencia, porque, al fin, del pensamiento ajeno nunca sabréis gran cosa. Quiero enseñaros a dudar del pensamiento propio cuando éste lleva a callejones sin salida, que es indicaros la salida de esos callejones.

•

Que no siempre es más triste dudar que creer, me parece una verdad casi averiguada, contra la cual militan todos los creyentes de mala fe que pretenden haber averiguado lo contrario.

La creencia en la impenetrabilidad de la materia—os pongo un ejemplo de creencia generalizada—no es ningún motivo de satisfacción, para quien pretenda explicarse muchos fenómenos del mundo físico. Pero nosotros, escépticos a nuestro modo, pensamos que de la impenetrabilidad contra la cual militan muchas apariencias sensibles y todo nuestro mundo interior, sabemos muy poco. Todo lo que sabemos de la impe-

netrabilidad es que no podemos pensar la existencia de un cuerpo, allí donde pensamos la existencia de otro.

Pero esto sólo prueba la insuficiencia de nuestro pensamiento lógico, obligado a moverse por actos sucesivos. Dejando a un lado nuestro pensamiento lógico, todo lo demás, incluso la materia, pudiera ser perfectamente penetrable. Antes nos habíamos entristecido; ahora sonreimos.

•

EL REGIONALISMO DE JUAN DE MAIRENA

De aquellos que se dicen ser gallegos, catalanes, vascos, extremeños, castellanos, etc., antes que españoles, desconfiad siempre. Suelen ser españoles incompletos, insuficientes, de quienes nada grande puede esperarse.

•

—Según eso, amigo Mairena—habla Tortolez en un café de Sevilla—, un andaluz andalucista será también un español de segunda clase.

—En efecto—respondía Mairena—: un español de segunda clase y un andaluz de tercera.

•

SOBRE EL PORVENIR MILITAR DEL MUNDO

Algún día—decía mi maestro—se acabarán las guerras entre naciones. Dará fin de ellas la táctica oblicua de las luchas de clase, cuando los preparados a pelear de frente tengan que pelear de frente y de costado.

SOBRE LA NOTORIEDAD

Si algún día alcanzáis un poco de notoriedad—habla Mairena a sus alumnos—seréis interrogados sobre lo humano y lo divino: «¿Qué opina usted, maestro, del porvenir del mundo? ¿Piensa usted que el pasado puede ser totalmente abolido?» Etc. Y habréis de responder, so pena de pasar por descorteses o por usurpadores de una reputación totalmente inmerecida. Tendréis, sobre todo, que aceptar entrevistas y diálogos con hábiles periodistas, que os harán decir en letras de molde, con vuestras mismas palabras, no precisamente lo que vosotros habéis dicho, sino lo que ellos creen que debisteis decir y que puede ser lo contrario...

Hay en esto un problema difícil, que los viejos políticos resuelven, a su modo, con ciertas bernardinadas y frases amorfas, hábilmente combinadas, las cuales, vueltas del revés, vienen a decir aproximadamente lo mismo que del derecho. Y el mayor peligro para vosotros es que déis en imitar a los viejos políticos.

SOBRE LA ALEMANIA GUERRERA

Los alemanes—escribía Mairena—son los grandes maestros de la guerra. Sobre la guerra, ellos lo saben todo. Todo, menos ganarla, sin que la victoria sea tan lamentable, por lo menos, como la derrota. Las guerras en que intervengan los alemanes serán siempre las más violentas, las más crueles, las más catastróficas, las más guerreras, digámoslo de una vez, de todas las guerras. Si las pierden, no será por su culpa. Porque ellos llevan a la guerra todo lo necesario para guerrear: 1.º Una metafísica guerrera, y en ella definida la esencia de la guerra

misma, de un modo inconfundible, perfectamente aislada de las otras esencias que integran la total concepción de la vida humana. 2.º Toda una aforística guerrera, que aconseja el amor a la guerra como *conditio sine qua non* del guerrero, y su consecuente: *si vis bellum para bellum*, o, como dice Nietzsche: *vivid en peligro*, o, en lenguaje de Pero Grullo: *si quieres guerra, despidete de la paz*, etc. 3.º Toda una ciencia supeditada a la guerra, que implica, entre otras cosas: a), un árbol zoológico coronado por el blondo germano, el ario puro, el teutón incastable, etc.; b), setenta mil laboratorios en afanosa búsqueda de la fórmula química definitiva, que permita al puro germano extender el empleo de los venenos insecticidas al exterminio de todas las razas humanas inferiores. 4.º ¿A qué seguir? Toda una cultura colosal, perfectamente militarizada, llevarán los alemanes a la guerra, al son de músicas que puedan escucharse entre cañones. Con todo ello, los alemanes se detendrán ante una plaza militar insuficientemente defendida, para ponerle un cerco tan a conciencia, tan perfecto y cabal que, al dispararse el primer obús, la plaza sitiada tendrá un millón de defensores, y la batalla que se entable durará años y costará otro millón de vidas humanas (Mairena profetiza en esta nota algo de lo que pasó en Verdún, durante la guerra europea). La plaza, al fin, no será debelada. Pero Alemania habrá afirmado una vez más su voluntad de poderío, que era, en el fondo, cuanto se trataba de afirmar, y, desde un punto de vista metafísico, su victoria será indiscutible.

Algún día Alemania será declarada gran enemiga de la paz, y las tres cuartas partes de nuestro planeta militarán contra ella. Será el día de su victoria definitiva, porque habrá realizado plenamente, poco antes de desaparecer del mapa de los pueblos libres, su ideal bélico, el de su guerra total contra

el género humano, sin excluir a los inermes y a los inofensivos. Si para entonces queda—todavía—quien piense a lo Mairena, se dirá: fué la Alemania prusiana un gran pueblo, conoedor, como ninguno, del secreto de la guerra, que consiste en saber crearse enemigos. ¿Cómo podrá guerrear quien no los tiene? Cuando Alemania llegó a comprender hondamente esta sencilla verdad: «la guerra verdadera se hace contra la paz» hubo cumplido su misión en el mundo; porque había enseñado a guerrear al mundo entero con los métodos más eficaces para exterminar al hombre pacífico. Y el mundo entero decidió, ingratamente, exterminar a su maestra, cuando ella sólo aspiraba ya a una decorosa jubilación.

ANTONIO MACHADO.